

Los muros de agua

JUAN ANTONIO ROSADO

hacinados, se pelean por el aire y son animalizados y a la vez reducidos a su carácter más infantil y escatológico. Más adelante, a propósito de la historia de Ramón, aparece la imagen de los distintos tipos de perros. La intención —crítica— no es sino semejar a estos animales con los comportamientos humanos. Lo mismo hace Revueltas con los cerdos del subteniente Smith: los humaniza para ejemplificar el sadismo —eminente humano— y el odio histórico. Luego aparece la imagen de los insectos y reptiles, asociados de algún modo a lo humano. Ciertos personajes son francamente animalizados como individuos: la grotesca sensualidad de Maciel y la epilepsia de El Temblorino, por ejemplo, así como la cosificación (y victimización) de

física o moralmente: La Morena, un homosexual cobarde que, sin desearlo, ayuda a los esbirros a encontrar a dos homosexuales prófugos; Estrella, sumida en el personalismo; Soledad, lesbiana reprimida, humillada y a la vez enamorada de Rosario; El Miles, descomunal y atrevido; El Charro, violador de El Marquesito; El Chato y Maciel, esbirros despiadados; El Chale, masturbador con dientes de oro que, tras su muerte, serán robados por El Burro; el subteniente Smith, sádico y repulsivo en todos los aspectos, incluso en su modo de hablar... En fin: una galería desesperanzada de pestilencia humana e historias paralelas (o en retrospectiva), en las que el deseo e instinto animalesco, el abuso de poder, la injusticia y la violencia son pan de cada día. El lector, rode-

El Marquesito. Aparte de los comunistas ("peores que los rateros") desfila en la obra una infinidad de personajes decadentes

ado por muros de agua, siente asfixia e impotencia. En esta novela, publicada el mismo año que *Dios en la tierra*, Revueltas —uno de los más grandes escritores social y políticamente comprometidos del siglo xx mexicano, a la vez que fino estilista, autor también de esa obra maestra titulada *Los días terrenales*— empieza su carrera literaria con una historia de represión, de humillación que se entretreje con los pasados de algunos personajes (por ejemplo, el de Rosario). Estas retrospectivas le otorgan mayor humanidad a los seres que habitan este mundo hostil y degradado. El penal de las Islas Marías se convierte en un microcosmos con sus luchas, carencias y anhelos. Revueltas fue capaz de romper con el "revolucionarismo" cultural y con el "sicologismo" para generar una obra cruda, pero literariamente equilibrada y verosímil. ☺



Acusado de conducta subversiva, José Revueltas estuvo recluido en el penal de las Islas Marías justo cuando, en México, el comunismo operaba desde la clandestinidad. Tiempo después, el novelista, influido por el realismo ruso, el existencialismo y la literatura de contenido social, imagina o retoma un cúmulo de anécdotas e historias de presos de todo tipo en aquella cárcel deshumanizada, rodeada de agua y tiburones. Cinco comunistas trazan el hilo conductor de la trama: cuatro hombres (Marcos, Ernesto, Santos y Prudencio, quien luego de intentar suicidarse enloquece) y una mujer, Rosario, de quien Marcos y Ernesto están enamorados, pero a quien acosa primero un subteniente y luego un esbirro.

Quizás el rasgo o recurso estilístico más acentuado en esta obra —además de los periodos enumerativos, llenos de imágenes desgarradoras que bombardean los sentidos del lector— sea la animalización. En el barco, de camino al penal, los presos están casi